

La cultura de la evaluación

Oswaldo León Portillo / Juana Mora López / Luz María Sotelo Orozco

Existe un consenso cada vez mayor entre los expertos en educación a nivel internacional, en el sentido de que la mejor alternativa para mejorar el nivel educativo de los jóvenes no es simplemente invertir más dinero en las escuelas, ni aumentar las horas de estudio, ni reducir el número de estudiantes por aula, sino crear una cultura de evaluación que obligue a los estudiantes a superarse cada vez más. Si fuese una cuestión económica, China y Corea del Sur, cuyos gobiernos destinan mucho menos recursos económicos a la educación que otros países, deberían estar entre los más atrasados del mundo en este aspecto; tampoco es una cuestión de horas de clase, ni de tamaño de los grupos, ya que varios países, como Noruega y Austria, con una gran diferencia en estos indicadores, alcanzan los mismos resultados en exámenes estandarizados.

Sin embargo, existe una constante: la mayoría de los países cuyos alumnos resultan bien posicionados en los estudios comparativos, realiza *rankings* de sus estudiantes, de sus profesores y sus escuelas, es decir, los que fomentan una cultura de la competencia en la que el sistema educativo debe rendir cuentas constantemente ante el gobierno y ante los padres.

Zhu Muju, alta funcionaria del Ministerio de Educación (entrevista con Andrés Oppenheimer, Beijing, 1 de febrero de 2005), dijo lo siguiente: “los maestros en China hacen *rankings* de las notas que sacan los alumnos de sus clases y las colocan en la pizarra para que todos las vean. Los estudiantes chinos son muy buenos en los exámenes porque están acostumbrados desde temprana edad a que los evalúen; esto hace que sean muy competitivos y que constantemente se esfuercen para procurar mejorar sus notas y así subir en las listas; el gobierno no alienta esta práctica de la realización de *rankings*”, pero es claro que tampoco la desalienta, lo mismo pasa con los *rankings* de las universidades, éstos estimulan a que se superen y permiten al estado evaluar los resultados de su inversión en educación.

Para Jeffrey Puryear, el experto en educación internacional del Diálogo Interamericano en Washington, D.C. (entrevista por Mariza Carvajal, publicada por el Diálogo Interamericano, octubre 2004), los países con rezagos educativos deberían adoptar tres objetivos básicos, además de mayor participación de los padres en la educación de sus hijos: la aplicación de estándares más exigentes desde la escuela primaria, la evaluación de los estudiantes y el sistema de rendición de cuentas de profesores y directores de escuelas; sobre esto, los produc-

tores de la educación tienen que rendir cuentas ante alguien, tal vez a los padres de familia o a la sociedad en general.

No se debe permitir que hagan cualquier cosa y que no existan consecuencias desfavorables para su desempeño. Según este experto, “en los sistemas educativos latinoamericanos, prácticamente no hay consecuencias; pueden existir profesores buenos o malos pero no importa, ya que no existe ninguna diferencia en cómo son tratados: un maestro no pierde su trabajo por un mal desempeño, ni gana más por su buen desempeño”. En varios países de Asia, al igual que en Nueva Zelanda, Australia y Holanda, se han hecho reformas educativas para promover la rendición de cuentas y la evaluación de los estudiantes y sus escuelas, con excelentes resultados; en América Latina se consideró prioritaria la cantidad, pero no la calidad, y eso es un problema grave, concluyó.

Sin embargo, aunque muchos ministros de educación latinoamericanos están de acuerdo en que los países que adoptaron una cultura de la calidad mejoraron sus sistemas educativos, de ellos, la mayoría considera que dichas reformas son un privilegio para los países más desarrollados; en estos países, el problema con los *rankings* es que muchas de las veces terminan defendiendo no la capacidad, ni la calidad, sino el nivel socioeconómico; por ejemplo, en Argentina existen enormes desigualdades sociales que hacen que los jóvenes asistan a escuelas primarias y secundarias de calidades diametralmente opuestas y lleguen a la educación superior con niveles de preparación muy diferentes. Si el estudiante que no fue al jardín de niños fue a una pésima escuela básica y posteriormente asistió a una institución de educación media donde no se estudia, estará en desventaja con otro que va a un muy buen jardín de niños y después concurre a una muy buena escuela bilingüe privada, entonces, para homologar estos diferentes tipos de educación, la solución no es tanto aplicar un examen de ingreso drástico en las universidades que castigue a los menos privilegiados, sino más bien impartir cursos adicionales en la secundaria para capacitarlos y un curso de ingreso a la universidad para posibilitarles una continua actualización; sin embargo, este país se beneficia de una mayor cultura de la evaluación.

Opinan, asimismo, que la mejor forma de introducir la cultura de la calidad académica es a través de la evaluación y la acreditación de las carreras universitarias.

No se trata de una mala estrategia pero, al igual que en México, se están estrellando contra una muralla de hierro en la universidad más grande del país, es también por esto que la UNAM figura muy alto en el aspecto de investigación, pero eso no se refleja en sus programas académicos.

Fuente de consulta

Oppenheimer, A. (2009). *El engaño de Washington, la mentira populista y la esperanza de América Latina*.